

Caprichos inéditos

EL VIGILANTE NOCTURNO

Me lo dijo un amigo empleado en el Banco aquel al pasar por delante de las puertas y ventanas de hierro y cristal que hacían la propaganda de sus servicios «cambios», «pagos» de la A a la C», etc., dejando ver su interior en la noche, un interior ansioso de respirar y descansar aunque siempre martirizado por aquella luz encendida sobre el pupitre del fondo:

—Ese que se pasea con un farolillo eléctrico colgado del cinturón como guarda nocturno del Banco es el mayor accionista que tenemos y eso sin contar lo que guarda en oro contante y sonante en las cajas de depósito.

—Pero es posible!

Es hombre ancho, corpulento, enviejado con canosidad desconfiado, daba la vuelta por entre el laberinto de las barreras bancarias, persiguiendo las sombras ladronas que pueden tomar en los Bancos de gran importancia, miméticos cortornos de sillón, de cesto de los papeles, de máquina de escribir sobre un esbelto pupitre.

—¿Y cobra como un vigilante? — pregunté yo.

—Como un vigilante cualquiera — me respondió el amigo.

—¿Qué caso! Pero después de todo se explica... Sus millones no pueden estar tan seguros como vigilados por él... Quizás no pudiese conciliar el sueño antes de dedicarse a celador nocturno... Así dormirá por el día, en cuyas horas de gran publicidad, las gentes rozan hasta desgastarlas las piedras del Banco y los guardias atisban sin amodorramiento todo lo que pasa en la calle, mientras la puerta aspada de la entrada gira como molino de cuentas correntistas.

EL AUTOMOVIL CREADOR DE CAMINOS

Se necesita un nuevo tipo de automóviles, el automóvil creador de caminos, es decir, un automóvil que al mismo tiempo que ande, vaya creando la cinta clara y lisa de la carretera.

Hasta que no se cree ese nuevo tipo de automóviles, no estará vencido el mundo y no servirá para nada la velocidad.

Ese automóvil creador de caminos y delineante, que por la virtud de su olfato vaya encontrando y creando la vereda propicia será el que nuestro como nada la virginidad del paisaje y en el que se hará el viaje sorprendente, convirtiéndolo en un verdadero museo de horizontes y de auroras distintos.

EL ACORDEON PIANOLA

Por fin había surgido el acordeón que se estaba pidiendo, que en cartas latrimosas y que partían los corazones, se había suplicado a las fábricas que están exigidas en el centro de los bosques elegíacos y negros: el acordeón pianola, magnífico, enorme como esas pianolas sino que horizontalado y blandido como un león marino o un negro chalote.

El acordeón pianola tiene todos los

registros que se pueden inventar, y desplaza una cantidad de aire comprimido que lanza las notas contra el cielo, lateralizándolas en lo muy alto, entre las notas del órgano que complacen a Dios.

El acordeón pianola se vende a plazos demasiado cortos, que sólo podrán pagar aquellos mariceros que se hicieron ricos y que sobre cubierta de sus palacios, sobre el parquet de sus salones siempre recién baldados y encerados, tocarán interminables los conmovedores acordeones pianolas.

PEQUEÑAS LOCURAS

Hay unas pequeñas locuras que no tienen importancia, pero que se hacen crónicas en el que no las acaba de confesar.

Entre las pequeñas locuras está, por ejemplo, la de creer que se ve un ratón que no existe, un ratón supuesto que pasa por los suelos por debajo de nuestra mirada, aprovechando un sego distraído de nuestros ojos.

Ese ratón siempre presente y correcto, que es una eterna burla debajo de nuestras mesas y que tan pronto está como se ha ido es una de las fábulas de la pequeña locura.

Otra manía de las pequeñas locuras es, por ejemplo, que se tiene una mota negra en la nariz. No es verdad. La nariz resplandece como si fuera de plata y, sin embargo, la mota la mancha y da en todas las miradas su biza desconfianza de buscar siempre ese puntito preliminar.

Los que hablan con el hombre, que tiene la pequeña manía de la mota en la nariz, notan un cosa rara...

— ANECDOTAS —

I

Entre ministro y fiscal

El doctor Vélez Sársfield desempeñaba el cargo de ministro del Interior en la presidencia de Sarmiento con todo el gran prestigio y autoridad que le daban su talento y sus ya largos e importantes servicios prestados al país.

En 1872 era procurador fiscal el doctor Salustiano J. Zavallia, que contaba entonces, la edad de 35 años.

El respetable ministro lo hizo invitar a su despacho y, arrugando su amplia frente y sus pobladas cejas, lo interpeló así:

—Doctor Zavallia: Es muy extraño que un hijo del doctor Salustiano Zavallia, de aquél que fué uno de los más destacados autores de la Constitución de 1853, sostenga tan grandes herejías en ese dictamen... Yo voy a publicar su vista fiscal y ya verá usted cuál será el resultado, cuando todos se impongan de tan raras opiniones... de que no es caso de acusación.

—Está bien, señor ministro, V. E. me amenaza con entregar a la publicidad mi vista fiscal; yó, a la vez, diré también por la prensa que el autor de nuestro Código Civil, el nota-

variaciones y es que usa en vez de un punto y aparte o un punto y seguido, un punto y ante todo.

POR CASUALIDAD

El no lo vea no lo crea. Un yo con aquel hombre arbitrario enseñarlo el monte comerciano que había que mostrar al forastero, como si fuera una estatua infinitamente más grande que la de Manselón.

En el audén notó que el hombre arbitrario arrojaba alrededor de sí, una viva sombra de arbitrariedad. Un pero lo miraba, sorprendido, aparentando su rostro perenne una expresión de hombre con las cejas sobre los ojos; una mujer de pueblo apretaba su pecho sobre el pecho, como si eso la pudiese defender de la asechanza que presentía.

El hombre arbitrario, arlastado por toda aquella multitud que llenaba la antecala del audén, sintió ganas de ver si podía pasar a otro sitio, y empujó una puerta de esas cuyas hojas no encierran una en otra, sino que apenas se rozan, manteniéndolas juntas el que tiene junto a sus visagras, unas muelles en tensión perpetua.

Entonces toda aquella multitud que esperaba, aprovechó la ocasión y se fué desfilando por la puerta, fácil como si no hubiera estado esperando más que ese empujón de la puerta que podía haberla propinado cualquiera, sólo con una presión desafiante y descuidada.

A mí me dió por reír, pues la escena había sido mágica y cómica al mismo tiempo, además de tener caracteres irreparables de avalancha, en cuya intrusión nos cubría una responsabilidad que nadie sabía a dónde podría llevar.

El hombre arbitrario sonreía también, como si hubiese abierto la valla de los patos y se hubiesen escapado todos.

Gómez de la Serna



—¿Conoce manas. ¡Y

El simb

Danzas

El obispo en Nueva Guthrie, Marcos, y misma, que sencila pa los que, ban en e balles y a juzga manifestad ma

En la obispo a quedado do y es la preu exager efectun de San gáis a cía vos

cerón U Castro.

Aper entent autore días, dielón

—Si comé voy para

No jóven motió caudi

caudi

... hay gente para todo, por

El poder de la curiosidad, o si...